

Diálogos sobre los *Diálogos* de Platón III

Escuela de Filosofía del Ateneo / Biblioteca Valenciana / CEFIRE Humanística i Social /
Sociedad de Filosofía de la Provincia de Alicante / Ápeiron Ediciones /
La Torre del Virrey. Instituto de Estudios Culturales Avanzados

Directores Prof. Dr. Juan Antonio Negrete & Prof. Dr. Antonio Lastra
Relatores Maya Ayuso Wood, Adrián Fernández, Alba Marín, Vicent Martínez Pérez,
Imán Rahmani, Fernando Vidagany

La República de Platón

2 República III (386 a-417 b) y IV (419 a-445 e)

Sábado 14 de noviembre de 2019, 10 h.
Biblioteca Valenciana

A Adimanto Los mitos del Hades, 386 b. El miedo a la muerte. La risa, 388 e.
La mentira como φάρμακον, 389 b. Cf. 414 b-c; 459 c-d.

Mímesis, 392 d. “Lo que hay que decir y cómo hay que decirlo”, 392 c (ἃ τε λεκτέον καὶ ὡς λεκτέον). Es preferible el modo mixto con predominio de la narración (διήγησις) (395c). La tragedia y la comedia, 394 d. La imitación de los guardianes, 395 b *et seq.* Dicción y narración propias del καλὸς [396 ξ] κάγαθός.

A Glaucón La preferencia por Apolo en lugar de Marsias, 399 e. La purificación de la ciudad, 399 e: καὶ νῆ τὸν κύνα, εἶπον, λελήθαμέν γε διακαθαίροντες πάλιν ἦν ἄρτι τρυφᾶν ἔφαμεν πόλιν (“Sin darnos cuenta estamos purificando de nuevo la ciudad que hace poco llamábamos ciudad de lujo”; cf. 372 e).

Gimnasia y medicina, 403 c *et seq.*

413 c: ὁ τοῖνυν ἄρτι ἔλεγον, ζητητέον τίνες ἄριστοι φύλακες τοῦ παρ’ αὐτοῖς δόγματος, τοῦτο ὡς ποιητέον ὁ ἂν τῇ πόλει ἀεὶ δοκῶσι βέλτιστον εἶναι αὐτοῖς ποιεῖν.

“Pues bien, como decía hace un momento, hay que investigar quiénes son los mejores guardianes de la convicción, que en ellos reside, de que hay que hacer en todo momento aquello que crean más ventajoso para la república.”

La noble mentira, 414 b-c (cf. 389 b)

τίς ἂν οὖν ἡμῖν, ἦν δ’ ἐγώ, μηχανὴ γένοιτο τῶν ψευδῶν τῶν ἐν δέοντι γιγνομένων, ὧν δὴ νῦν ἐλέγομεν, γενναῖόν [414 ξ] τι ἐν ψευδομένους πεῖσαι μάλιστα μὲν καὶ αὐτοὺς τοὺς ἄρχοντας, εἰ δὲ μή, τὴν ἄλλην πόλιν;

“¿Cómo nos las arreglaríamos ahora —seguí— para inventar una noble mentira de aquellas beneficiosas de las que antes hablábamos y convencer con ella ante todo a los mismos jefes y si no a los restantes ciudadanos?”

El mito fenicio, 414 c-415 c. Fraternidad y composición de los ciudadanos. Cf. 415 d: la mentira cala en la segunda generación.

El régimen de vida y habitación (ζῆν τε καὶ οἰκεῖν) de los guardianes, 416 d *et seq.* καὶ οὕτω μὲν σφύζοντό τ’ ἂν καὶ σφύζοιεν τὴν πόλιν, 417 a. Si así proceden, se salvarán ellos y salvarán la ciudad.

Interrupción de Adimanto, 419 a. La ciudad feliz y la investigación de la justicia, 420 b. Riqueza y pobreza, 421 d.

423 b: οὐκοῦν, ἦν δ’ ἐγώ, οὗτος ἂν εἴη καὶ κάλλιστος ὅρος τοῖς ἡμετέροις ἄρχουσιν, ὅσῃν δεῖ τὸ μέγεθος τὴν πόλιν ποιεῖσθαι καὶ ἡλικία οὔσῃ ὅσῃν χώραν ἀφορισμένους τὴν ἄλλην χαίρειν ἔαν.

“De modo que ese será para nuestros gobernantes el mejor límite al desarrollo que han de dar a la ciudad y al territorio que, conforme a ese desarrollo, han de asignarle dejando fuera lo demás.”

La legislación de Apolo, 427 b: *τά γε μέγιστα καὶ κάλλιστα καὶ πρῶτα τῶν νομοθετημάτων.* “Da por fundada la ciudad”, 427 c.

Interrupción de Glaucón “Nada de eso, porque prometiste hacer tú mismo la investigación”, 427 d-e.

“Prudente, valerosa, moderada y justa” (*δῆλον δὲ ὅτι σοφὴ τ’ ἐστὶ καὶ ἀνδρεία καὶ σώφρων καὶ δίκαια* / “wise, courageous, moderate and just” [Bloom] / “wise, brave, sober, and just” [Shorey], 427 e).

Investigación de las virtudes y captura de la justicia, 432 b-c. Glaucón: *μακρόν, ἔφη, τὸ προοίμιον τῷ ἐπιθυμοῦντι ἀκοῦσαι*, 432 e.

La ciudad y el hombre, 434 d-435 a (*cf.* 368 e).

La investigación del alma, 435 b *et seq.*

435 b *καὶ δίκαιος ἄρα ἀνὴρ δίκαιας πόλεως κατ’ αὐτὸ τὸ τῆς δικαιοσύνης εἶδος οὐδὲν διοίσει, ἀλλ’ ὅμοιος ἔσται.*

“De modo que el hombre justo no diferirá en nada de la ciudad justa en lo que se refiere a la idea de justicia, sino que será semejante a ella.”

435 e *ἄρ’ οὖν ἡμῖν, ἦν δ’ ἐγώ, πολλὴ ἀνάγκη ὁμολογεῖν ὅτι γε τὰ αὐτὰ ἐν ἐκάστῳ ἔνεστιν ἡμῶν εἶδη τε καὶ ἦθη ἅπερ ἐν τῇ πόλει;*

“¿No nos será absolutamente necesario reconocer que en cada uno de nosotros se dan las mismas especies y modos de ser que en la ciudad?”

443 b-c *τέλεον ἄρα ἡμῖν τὸ ἐνύπνιον ἀποτετέλεσται, ὃ ἔφαμεν ὑποπτεῦσαι ὡς εὐθὺς ἀρχόμενοι τῆς πόλεως οἰκίζειν κατὰ [443 ξ] θεόν τινα εἰς ἀρχὴν τε καὶ τύπον τινὰ τῆς δικαιοσύνης κινδυνεύομεν ἐμβεβηκέναι.*

“Cumplido está, pues, enteramente nuestro ensueño: aquel presentimiento que referíamos de que, una vez que empezáramos a fundar nuestra ciudad, podríamos, con la ayuda de algún dios, encontrar un principio e imagen de la justicia.”

445 c *ὅσοι, ἦν δ’ ἐγώ, πολιτειῶν τρόποι εἰσὶν εἶδη ἔχοντες, τοσοῦτοι κινδυνεύουσι καὶ ψυχῆς τρόποι εἶναι.*

“Cuantos son los modos de gobierno con forma propia, tantos parece que son los modos del alma.”

Texto 1: la justicia

—Así, pues, Glaucón, nosotros tenemos que rodear la mata, como unos cazadores, y aplicar la atención, no sea que se nos escape la justicia y, desapareciendo de nuestros ojos, no podamos verla más. Porque es manifiesto que está aquí; por tanto, mira y esfuérzate en observar por si la ves antes que yo y puedes enseñármela.

—¡Ojalá! —dijo él—, pero mejor te serviré si te sigo y alcanzo a ver lo que tú me muestres.

—Haz, pues, conmigo la invocación y sígueme —dije.

—Así haré —replicó—, pero atiende tú a darme guía.

—Y en verdad —dije yo— que estamos en un lugar difícil y sombrío, porque es oscuro y poco penetrable a la vista. Pero, con todo, habrá que ir.

—Vayamos, pues —exclamó.

Entonces yo, fijando la vista, dije: —¡Ay, ay, Glaucón! Parece que tenemos un rastro y creo que no se nos va a escapar la presa.

—¡Noticia feliz! —dijo él.

—En verdad —dije— que lo que me ha pasado es algo estúpido.

—¿Y qué es ello?

—A mi parecer, bendito amigo, hace tiempo que está la cosa rodando ante nuestros pies y no la veíamos incurriendo en el mayor de los ridículos. Como aquellos que, teniendo algo en la mano (432e), buscan a veces lo mismo que tienen, así nosotros no mirábamos a ello, sino que dirigíamos la vista a lo lejos y por eso quizá no lo veíamos.

—¿Qué quieres decir? -preguntó.

—Quiero decir -repliqué- que en mi opinión hace tiempo que estábamos hablando y oyendo hablar de nuestro asunto sin darnos cuenta de que en realidad de un modo u otro hablábamos de él.

—Largo es ese proemio -dijo- para quien está deseando escuchar.

—Oye, pues —le advertí—, por si digo algo que valga. Aquello que **desde el principio**, cuando fundábamos la ciudad, afirmábamos que había que observar en toda circunstancia, eso mismo o una forma de eso es a mi parecer la justicia. Y **lo que establecimos y repetimos muchas veces**, si bien te acuerdas, es **que cada uno debe atender a una sola de las cosas de la ciudad: a aquello para lo que su naturaleza esté mejor dotada**.

—En efecto, eso decíamos.

—Y también de cierto oíamos decir a otros muchos y dejábamos nosotros sentado repetidamente que **el hacer cada uno lo suyo y no multiplicar sus actividades era la justicia**.

—Así de cierto lo dejamos sentado.

—Esto, pues, amigo -dije-, parece que es en cierto modo la justicia: **el hacer cada uno lo suyo**.

οὐκοῦν, ὦ Γλαῦκων, νῦν δὴ ἡμᾶς δεῖ ὥσπερ κυνηγέτας τινὰς θάμνον κύκλω περίστασθαι προσέχοντας τὸν νοῦν, μή πη διαφύγῃ ἡ δικαιοσύνη καὶ ἀφανισθεῖσα ἀδηλὸς γένηται. [432 ζ] φανερόν γάρ δὴ ὅτι ταῦτη πη ἔστιν: ὄρα οὖν καὶ προθυμοῦ κατιδεῖν, ἐάν πως πρότερος ἐμοῦ ἴδῃς καὶ ἐμοὶ φράσῃς.

εἰ γὰρ ὠφέλον, ἔφη. ἀλλὰ μᾶλλον, ἐάν μοι ἐπομένῳ χρῇ καὶ τὰ δεικνύμενα δυναμένῳ καθορᾶν, πάννυ μοι μετρίως χρήσῃ.

ἔπου, ἦν δ' ἐγώ, εὐζάμενος μετ' ἐμοῦ.

ποιήσω ταῦτα, ἀλλὰ μόνον, ἦ δ' ὅς, ἡγοῦ.

καὶ μὴν, εἶπον ἐγώ, δύσβατός γε τις ὁ τόπος φαίνεται καὶ ἐπίσκοπος: ἔστι γοῦν σκοτεινὸς καὶ δυσδιερεύνητος. ἀλλὰ γὰρ ὁμῶς ἰτέον.

[432 δ] ἰτέον γάρ, ἔφη.

καὶ ἐγὼ κατιδὼν, ἰοῦ ἰοῦ, εἶπον, ὦ Γλαῦκων: κινδυνεύομεν τι ἔχειν ἵχνος, καὶ μοι δοκεῖ οὐ πάννυ τι ἐκφευγεῖσθαι ἡμᾶς.

εὖ ἀγγέλλεις, ἦ δ' ὅς.

ἦ μὴν, ἦν δ' ἐγώ, βλακικόν γε ἡμῶν τὸ πάθος.

τὸ ποῖον;

πάλαι, ὦ μακάριε, φαίνεται πρὸ ποδῶν ἡμῖν ἐξ ἀρχῆς κυλινδεῖσθαι, καὶ οὐχ ἑωρῶμεν ἄρ' αὐτό, ἀλλ' ἡμεν καταγελαστότατοι: ὥσπερ οἱ ἐν ταῖς χερσὶν ἔχοντες ζητοῦσιν [432 ε] ἐνίστε ὁ ἔχουσιν, καὶ ἡμεῖς εἰς αὐτὸ μὲν οὐκ ἀπεβλέπομεν, πόρρω δέ ποι ἀπεσκοποῦμεν, ἦ δὴ καὶ ἐλάνθανεν ἴσως ἡμᾶς.

πῶς, ἔφη, λέγεις;

οὕτως, εἶπον, ὡς δοκοῦμέν μοι καὶ λέγοντες αὐτὸ καὶ ἀκούοντες πάλαι οὐ μανθάνειν ἡμῶν αὐτῶν, ὅτι ἐλέγομεν τρόπον τινὰ αὐτό.

μακρόν, ἔφη, τὸ προοίμιον τῷ ἐπιθυμοῦντι ἀκοῦσαι.

[433 α] ἀλλ', ἦν δ' ἐγώ, ἄκουε εἰ τι ἄρα λέγω. ὁ γὰρ ἐξ ἀρχῆς ἐθέμεθα δεῖν ποιεῖν διὰ παντός, ὅτε τὴν πόλιν κατωκίζομεν, τοῦτό ἐστιν, ὡς ἐμοὶ δοκεῖ, ἥτοι τούτου τι εἶδος ἡ δικαιοσύνη. ἐθέμεθα δὲ δήπου καὶ πολλάκις ἐλέγομεν, εἰ μέμνησαι, ὅτι ἕνα ἕκαστον ἐν δέοι ἐπιτηδεύειν τῶν περὶ τὴν πόλιν, εἰς ὃ αὐτοῦ ἡ φύσις ἐπιτηδειοτάτη πεφυκυῖα εἴη.

ἐλέγομεν γάρ.

καὶ μὴν ὅτι γε τὸ τὰ αὐτοῦ πράττειν καὶ μὴ πολυπραγμονεῖν δικαιοσύνη ἐστὶ, καὶ τοῦτο ἄλλων τε πολλῶν [433 β] ἀκηκόαμεν καὶ αὐτοὶ πολλάκις εἰρήκαμεν.

εἰρήκαμεν γάρ.
τοῦτο τοίνυν, ἦν δ' ἐγώ, ὦ φίλε, κινδυνεύει τρόπον τινὰ γιγνόμενον ἢ δικαιοσύνη εἶναι,
τὸ τὰ αὐτοῦ πράττειν.

Texto 2: música y gimnástica

411 e y ss. —Son, pues, estos dos principios los que, en mi opinión, podríamos considerar como causas de que la divinidad haya otorgado a los hombres otras dos artes, la música y la gimnástica, no para el alma y el cuerpo, excepto de una manera secundaria, sino para la fogosidad y filosofía respectivamente [ἐπὶ τὸ θυμοειδὲς καὶ τὸ φιλόσοφον], con el fin de que estos principios lleguen, mediante tensiones o relajaciones, al punto necesario de mutua armonía.

—Sí, así me parece a mí —convino.

—Por consiguiente, el que mejor sepa combinar gimnástica y música y aplicarlas a su alma con arreglo a la más justa proporción, ese será el hombre a quien podamos considerar como el más perfecto y armonioso músico con mucha más razón que a quien no hace otra cosa que armonizar entre sí las cuerdas de un instrumento.

—Es probable, ioh, Sócrates! —dijo.

—¿Entonces, Glaucón, no será necesario, si hemos de evitar que fracase su constitución, que rija constantemente nuestra ciudad un gobernante de tales condiciones?

—Claro que será preciso y más que ninguna otra cosa.

Texto 3: la noble mentira de las tres razas

414 b y ss. —¿Cómo nos las arreglaríamos ahora —seguí— para inventar una noble mentira de aquellas beneficiosas de que antes hablábamos y convencer con ella ante todo a los mismos jefes y si no a los restantes ciudadanos?

—¿A qué te refieres? —preguntó.

—No se trata de nada nuevo —dije—, sino de un caso fenicio, ocurrido ya muchas veces en otros tiempos, según narran los poetas y han hecho creer a la gente, pero que nunca pasó en nuestros días ni pienso que pueda pasar; es algo que requiere grandes dotes de persuasión para hacerlo creíble.

—Me parece —dijo— que no te atreves a relatarlo.

—Ya verás cuando lo cuente —repliqué— cómo tengo razones para no atreverme.

—Habla —dijo— y no temas.

—Voy, pues, a hablar, aunque no sé cómo ni con qué palabras osaré hacerlo, ni cómo he de intentar persuadir, ante todo a los mismos gobernantes y a los estrategos, y luego a la ciudad entera, de modo que crean que toda esa educación e instrucción que les dábamos no era sino algo que experimentaban y recibían en sueños; que en realidad permanecieron durante todo el tiempo bajo tierra, moldeándose y creciendo allá dentro de sus cuerpos mientras se fabricaban sus armas y demás enseres; y que, una vez que todo estuvo perfectamente acabado, la tierra, su madre, los sacó a la luz, por lo cual deben ahora preocuparse de la ciudad en que moran como de quien es su madre y nodriza y defenderla si alguien marcha contra ella y tener a los restantes ciudadanos por hermanos suyos, hijos de la misma tierra.

—No te faltaban razones —dijo— para vacilar tanto antes de contar tu mentira.

—Era muy natural —hice notar—. Pero escucha ahora el resto del mito. “Sois, pues, hermanos todos cuantos habitáis en la ciudad —les diremos siguiendo con la fábula—, pero, al formaros los dioses, hicieron entrar oro en la composición de cuantos de vosotros están capacitados para mandar, por lo cual valen más que ninguno; plata, en la de los auxiliares, y bronce y hierro, en la de los labradores y demás artesanos. Como todos procedéis del mismo origen, aunque generalmente ocurra que cada clase de ciudadanos engendre hijos semejantes a ellos, puede darse el caso de que nazca un

hijo de plata de un padre de oro o un hijo de oro de un padre de plata o que se produzca cualquier otra combinación semejante entre las demás clases. Pues bien, el primero y principal mandato que tiene impuesto la divinidad sobre los magistrados ordena que, de todas las cosas en que deben comportarse como buenos guardianes, no haya ninguna a que dediquen mayor atención que a las combinaciones de metales de que están compuestas las almas de los niños. Y si uno de éstos, aunque sea su propio hijo, tiene en la suya parte de bronce o hierro, el gobernante debe estimar su naturaleza en lo que realmente vale y relegarle, sin la más mínima conmiseración, a la clase de los artesanos y labradores. O al contrario, si nace de éstos un vástago que contenga oro o plata, debe apreciar también su valor y educarlo como guardián en el primer caso o como auxiliar en el segundo, pues, según un oráculo, la ciudad perecerá cuando la guarde el guardián de hierro o el de bronce.” He aquí la fábula. ¿Puedes sugerirme algún procedimiento para que se la crean?

—Ninguno —respondió—, al menos por lo que toca a esta primera generación. Pero sí podrían llegar a admitirla sus hijos, los sucesores de éstos y los demás hombres del futuro.

—Pues bien —dijo—, bastaría esto sólo para que se cuidasen mejor de la ciudad y de sus conciudadanos; pues me parece que me doy cuenta de lo que quieres decir.

Texto 4: tripartición del alma, historia de Leoncio

439 c y ss. —¿Y hemos de reconocer que algunos que tienen sed no quieren beber?

—De cierto —dijo—, muchos y en muchas ocasiones.

—¿Y qué —pregunté yo— podría decirse acerca de esto? ¿Que no hay en sus almas algo que les impulsa a beber y algo que los retiene, esto último diferente y más poderoso que aquello?

—Así me parece —dijo.

—¿Y esto que los retiene de tales cosas no nace, cuando nace, del razonamiento, y aquellos otros impulsos que les mueven y arrastran no les vienen, por el contrario, de sus padecimientos y enfermedades?

—Tal se muestra.

—No sin razón, pues —dijo—, juzgaremos que son dos cosas diferentes la una de la otra, llamando, a aquello con que razona, lo racional del alma, y a aquello con que desea y siente hambre y sed y queda perturbada por los demás apetitos, lo irracional y concupiscible, bien avenido con ciertos hartazgos y placeres.

—No; es natural —dijo— que los consideremos así.

—Dejemos, pues, definidas estas dos especies que se dan en el alma —seguí yo—. Y la cólera y aquello con que nos encolerizamos, ¿será una tercera especie o tendrá la misma naturaleza que alguna de esas dos?

—Quizá —dijo— la misma que la una de ellas, la concupiscible.

—Pues yo —repliqué— oí una vez una historia a la que me atengo como prueba, y es esta: Leoncio, hijo de Aglayón, subía del Pireo por la parte exterior del muro del norte cuando advirtió unos cadáveres que estaban echados por tierra al lado del verdugo. Comenzó entonces a sentir deseos de verlos, pero al mismo tiempo le repugnaba y se retraía; y así estuvo luchando y cubriéndose el rostro hasta que, vencido de su apetencia, abrió enteramente los ojos y, corriendo hacia los muertos, dijo: “¡Ahí los tenéis, malditos, saciaos del hermoso espectáculo!”.

Bibliografía escogida

Platonis Opera, ed. J. Burnet, Oxford UP, 1903.

PLATÓN, *La República*, ed. M. Fernández-Galiano y J.M. Pabón, Alianza, Madrid, 2013.